

Stuart Vyse

# Breve historia de la superstición



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Título original: *Superstition: A Very Short Introduction*  
Traducción de Manuel Cuesta Aguirre

*Superstition: A Very Short Introduction* ha sido publicada originalmente en inglés en 2019. Esta traducción se publica por acuerdo con Oxford University Press. Alianza Editorial es la única responsable de la traducción de la obra original y Oxford University Press no será responsable de ningún error, omisión, imprecisión o ambigüedad en dicha traducción ni de cualquier problema derivado de la confianza depositada en Alianza Editorial.

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: *Hombre cruzando los dedos*

© ACI/Bridgeman Images

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Stuart Vyse 2019

© de la traducción: Manuel Cuesta Aguirre, 2022

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-1362-618-5

Depósito legal: M. 27.759-2021

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

11	Prólogo
13	Agradecimientos
15	1. Los orígenes de la superstición
36	2. La superstición religiosa
64	3. La secularización de la superstición
94	4. La superstición en el mundo moderno
141	5. La psicología de la superstición
177	6. El futuro de la superstición
189	Bibliografía
203	Para seguir leyendo
209	Lista de ilustraciones
213	Índice analítico



*Para mis padres,  
Norma M. Vyse  
y Arthur F. Vyse (1926-2010)*



# Prólogo

Cuando me pidieron que escribiera una *Breve historia de la superstición*, me sentí honrado por la invitación y, al mismo tiempo, un poco abrumado por la tarea que se me presentaba, pues aunque la superstición es un tema que nunca deja de fascinar y sobre el que se han escrito infinidad de monografías y artículos académicos, ningún libro había intentado ofrecer una visión de conjunto. Cada una de las materias de que se ocupan los capítulos que siguen ha dado lugar, en efecto, a toda una serie de importantes volúmenes, y el lector interesado encontrará muchos de ellos incluidos en la sección «Para seguir leyendo» que se encuentra al final de este; pero no existe libro alguno –breve o largo– que haya tratado de contar la historia de la superstición desde el principio hasta el final. De manera que este pequeño proyecto conllevaba una responsabilidad notable. Es complicado coger un tema tan vasto y reducirlo para que quepa en un libro de

bolsillo; ayudó a lograrlo, no obstante, la propia historia de la superstición, que, si bien presenta numerosos giros y vaivenes, sigue un arco coherente desde el comienzo de la civilización hasta la actualidad. Como las páginas que siguen revelan, mucho de lo que era el caso con la superstición en tiempos antiguos sigue siéndolo hoy.

Parte de nuestra fascinación por la superstición viene dada por el misterio y la paradoja que la acompañan. Ya solamente por pertenecer a determinada cultura, todas las personas aprendemos una serie de rituales encaminados a atraer la buena suerte; pero a menudo no está claro cómo empezaron tales supersticiones, muchas de las cuales son bastante elaboradas. El cuarto capítulo incluye un catálogo de algunas de las supersticiones más comunes y sus orígenes.

La paradoja de la superstición consiste, por su parte, en que haya tanta gente con creencias supersticiosas. En un mundo donde los frutos de la ciencia están todos a nuestro alrededor, ¿por qué hay gente que sigue poniendo su fe en fuerzas mágicas? La psicología lleva bastante tiempo tratando de contestar a esta pregunta, y en el quinto capítulo resumo las conclusiones a las que ha llegado.

Por último, el sexto capítulo se plantea el futuro de la superstición. Parece improbable, en efecto, que el pensamiento mágico vaya a desaparecer en un futuro próximo, y su influencia en nuestros mercados comerciales no ha hecho sino aumentar. En ese capítulo de cierre me ocupo de los efectos que la superstición podría tener en la sociedad durante las próximas décadas.

# Agradecimientos

Estoy en deuda con una serie de colegas que leyeron borradores de este libro y me hicieron útiles comentarios; valga mencionar a Eric Adler, Joseph Alchermes, Simon Feldman, Yibing Huang, Dale B. Martin y los lectores anónimos de la editorial. Mención aparte merece Frederick Paxton, quien me brindó sus útiles consejos desde el minuto uno. También quisiera agradecer el impagable apoyo y la gran paciencia de amigos y familiares: Emily Vyse, Graham Vyse, Norma Vyse, Keith Vyse, Kayo Nonaka, Gabby Arengé, Lynn Callahan, Jeff Callahan, Langdon Hammer, Uta Gosmann, Gary Greenberg, Perry Susskind, Kevin Plummer, Gary Stoner, Alex Hybel, Jan Hybel, Lee Hisle, Julie Worthen, Robert Gay, Sherri Storms, Frederick Paxton, Sylvia Malizia, Ross Morin, Simon Feldman, Kim Stillwell, Michael Reder, David Jaffe, Rachel Boggia, Lindsay Crawford, Bill Campbell, Kira Goldenberg y Rachel Dreyer. La guía de Jessica Pa-

pin, mi agente literaria, resultó esencial, y en Oxford fue un placer trabajar con Andrea Keegan, Jenny Nugee, Edwin Pritchard, Dorothy McCarthy y Kayalvizhi Ganesan.

# 1. Los orígenes de la superstición

Evitamos sentarnos en la fila 13 de un avión; tenemos un tío que siempre lleva una piedra de la suerte en el bolsillo; un amigo que ha puesto su casa a la venta entierra una figurilla de plástico de san José en el jardín delantero con la esperanza de que aparezca pronto un comprador. Ser supersticioso no es el tipo de cosa de la que la gente presume; si miramos a nuestro alrededor encontramos, sin embargo, que hay bastante superstición por ahí. Puede parecer paradójico e irracional que la superstición persista en nuestro mundo moderno, pero lo cierto es que persiste. De hecho, a pesar del rápido avance de nuestra comprensión del universo, la naturaleza y la enfermedad, hay indicios de que las creencias supersticiosas no están disminuyendo, sino en alza. Ni siquiera las personas con mayor nivel educativo son inmunes a su influjo.

El concepto de superstición lleva acompañándonos milenios, pero sigue sin haber acuerdo sobre su significa-

do; tendemos a reconocer una superstición cuando la vemos, como en los ejemplos de arriba. Si la superstición tiene una connotación que aún perdura, se trata de una connotación peyorativa. Prácticamente desde el principio, llamar a alguien supersticioso no era hacerle ningún cumplido. Durante toda su historia, la superstición ha sido un concepto transaccional que no tenía un significado fijo propio, sino que cobraba sentido en contraste con otra visión del mundo más aceptada. En paralelo a las formas de gobierno y a los sistemas de creencias, han ido cambiando también los objetos a los que se aplicaba esta categoría. De donde resulta que la historia de la superstición es, en buena medida, la historia de una palabra y de los distintos modos en que la misma se ha empleado.

El origen del concepto se encuentra en la antigua Grecia –como mínimo, ya en el siglo IV a. C., y durante los siguientes dos mil años la superstición se consideró lo contrario de las prácticas religiosas que las élites recomendaban–. La palabra a menudo se ha aplicado a prácticas que, todavía hoy, consideraríamos mágicas o paranormales. Y sin embargo, en la actualidad se siguen cultivando versiones de la mayoría de tales prácticas.

## Magia, profecía y adivinación en el mundo antiguo

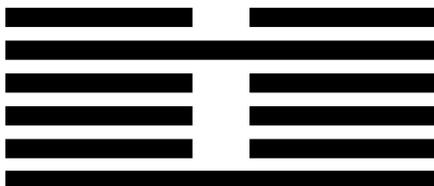
En muchas culturas antiguas, los chamanes, magos, hechiceros y profetas ofrecían al público artes adivinatorias y otros servicios mágicos. Como parte de su trabajo, algunos de aquellos chamanes alcanzaban estados de tran-

ce mediante sangrías, fumando tabaco o ingiriendo setas alucinógenas.

Durante la dinastía Shang —ca. 1560-1050 a. C.—, e incluso antes, la adivinación chamánica era asunto de miembros de la familia gobernante que estaban en contacto con los espíritus del más allá. El chamán recibía ofrendas de comida y vino. Lo que se quería preguntar a los espíritus del otro mundo se grababa en huesos de animales o en caparazones de tortugas que se calentaban hasta que se resquebrajasen. A menudo se creía que quien transmitía el mensaje era un espíritu animal que se elevaba hasta el cielo para hablar con los ancestros y los dioses. Las grietas en el objeto que se calentaba ofrecían pistas sobre qué depararía el futuro y cómo había de actuar el suplicante.

El más famoso de todos los métodos adivinatorios chinos se describe en el *I Ching*, también conocido como *Libro de las transformaciones*. Provisto de un manojo de cincuenta palitos sacados de tallos secos de milenramas, el adivino utilizaba un proceso aleatorio para determinar una combinación llamada «hexagrama»: seis líneas horizontales superpuestas, cada una de las cuales puede ser continua o estar interrumpida en su mitad (véase la ilustración 1). Y cada uno de estos hexagramas llevaba su comentario. Las versiones originales del *Libro de las transformaciones*, texto que data del primer milenio a. C., se escribían en tiras de bambú que se ensamblaban de manera que formasen rollos o libros. El *I Ching* fue muy usado durante miles de años en China, y se sigue estudiando en la actualidad. El famoso psiquiatra suizo Carl Jung (1875-1961) estaba fascinado con esta obra porque

consideraba que la manipulación de los palitos de milenrama abría una ventana al subconsciente de la persona en cuestión.



1. El hexagrama Chun del *I Ching* («Libro de las transformaciones»)

Nuestra actual palabra «mago» deriva del persa antiguo *maguš*, voz que se encuentra asimismo en el origen de la palabra castellana «magia» o de la inglesa *magic*. En la antigua Persia, los magos eran sabios profesionales que se dedicaban a diversas formas de adivinación, por ejemplo la interpretación de los sueños, la astrología, la lectura del vuelo de los pájaros y la nigromancia (práctica consistente en vaticinar mediante la invocación de los muertos). En *Los persas* de Esquilo, tragediógrafo ateniense del siglo V a. C., un coro de ancianos conjura al fantasma de Darío, padre de Jerjes, que es quien ocupa el trono persa en la tragedia. Darío se aparece, expresa su disconformidad respecto de la *hybris* o desmesura de su hijo y lanza el vaticinio de que Jerjes será derrotado en el campo de batalla, profecía que termina cumpliéndose.

En el antiguo Egipto, la magia estaba bien integrada en el gobierno y la religión. La mayor parte de los magos egipcios antiguos pertenecían, en efecto, a la casta sacerdotal; es decir, que no eran magos o chamanes indepen-

dientes. Los templos en que se rendía culto a los dioses estaban a cargo de los correspondientes sacerdotes, que a menudo se dedicaban a la magia. Los textos mágicos egipcios que han llegado hasta nosotros apuntan a que estos magos-sacerdotes ofrecían conjuros que a menudo procuraban la ayuda de los dioses. Uno de los profesionales egipcios de la magia más eminentes fue el príncipe Caemuset, el cuarto hijo de Ramsés II (1279-1213 a. C.) y la reina Isis-Nefert. Caemuset fue un famoso sacerdote y coleccionista de objetos mágicos, entre ellos muchos poderosos amuletos. También reunió una biblioteca de libros de conjuros.

La mitología y la historia griegas están llenas de profetas, oráculos y videntes que poseían diversos poderes sobrenaturales. En la tragedia de Sófocles *Edipo rey*, el adivino ciego Tiresias revela que Edipo ha asesinado al anterior rey de Tebas. Edipo inicialmente rechaza el vaticinio, ridiculizando a Tiresias y tachándolo de sacerdote mendicante y de charlatán a quien únicamente motiva el dinero. Luego descubre, sin embargo, que el adivino ciego tenía razón y que de hecho Layo, el anterior rey de Tebas, era su padre.

Según varios autores, Pitágoras, el filósofo griego del siglo VI a. C. a quien se atribuye el famoso teorema, tenía una serie de dotes sobrenaturales. De él se decía, igual que de videntes de otras culturas, que había descendido al inframundo, de donde habría regresado con una sabiduría especial. También se le consideraba capaz de bilocarse, esto es, de aparecer en dos ciudades diferentes en el mismo día y a la misma hora. Asimismo se afirmaba que Pitágoras tenía un notable control de los fenómenos

naturales, pudiendo predecir terremotos y sofocar pestes, granizadas y tempestades.

En la *República*, Platón presenta a los sacerdotes mendicantes como mercachifles inmorales que acudían a las casas de los ricos buscando dinero. Cuando sus clientes habían cometido injusticias, estos profetas itinerantes les ofrecían reparar la situación con sacrificios y ensalmos. Y lo que es peor (a ojos de Platón): cuando aquellas personas acaudaladas se veían amenazadas por algún enemigo o rival, los sacerdotes en seguida se prestaban a perjudicar a la parte contraria con hechizos y maldiciones, sin importarles que semejantes castigos fuesen merecidos o no.

Muchos chamanes, hechiceros y magos de la Antigüedad se atribuían dotes especiales para curar enfermedades, compitiendo en ocasiones con médicos reconocidos. Los papiros manuscritos que conservamos sugieren, en efecto, que los antiguos egipcios alcanzaron unos conocimientos médicos considerables: aunque su elenco de intervenciones quirúrgicas era más bien limitado, desarrollaron métodos para extraer fragmentos de hueso y vendar heridas; asimismo empleaban numerosos cataplasmas y medicamentos especializados que con frecuencia contenían sangre o excrementos. Y sin embargo, los sacerdotes y médicos que trataban problemas de salud también realizaban conjuros y ensalmos. Algunos sacerdotes eran a la vez encantadores de escorpiones y afirmaban tener poder sobre el dios escorpión y ser capaces de proteger a sus pacientes contra ataques de escorpiones y serpientes. En ocasiones, un tratamiento de carácter más práctico iba acompañado de un hechizo. La

miel, por dar un caso, se solía aplicar en quemaduras y heridas, y este uso era normal que se combinara con un «conjuro para la miel» encaminado a prevenir infecciones. Las técnicas mágicas eran especialmente comunes cuando no se disponía de un tratamiento más práctico. Los métodos habituales de arreglar huesos, por ejemplo, no implicaban expedientes mágicos, pero el tratamiento del dolor de cabeza sí.

En Grecia, una obra atribuida al gran médico Hipócrates (*ca.* 460-370 a. C.), pero probablemente no escrita por él, contiene una feroz invectiva contra los sacerdotes mendicantes, a los que se tacha de charlatanes que se atribuían falsamente la capacidad de influir en los dioses. En lugar de acercarse a estos de las maneras piadosas tradicionales –visitar templos, hacer ofrendas y rezar–, los sacerdotes mendicantes defendían la postura disparatada –a juicio del autor hipocrático– de que las enfermedades eran obra de una serie de dioses y de que ellos, los sacerdotes, podían influir en las divinidades. Frente a esto, Hipócrates sostenía que ningún dios concreto infectaría nunca a nadie con ninguna enfermedad, y que un griego verdaderamente piadoso jamás intentaría influir en los dioses más allá de los métodos tradicionales de expresar devoción. Naturalmente, la frontera entre la práctica médica reconocida y los expedientes de los sacerdotes mendicantes a menudo era difusa, por lo que cabe enmarcar esta crítica hipocrática en una guerra jurisdiccional entre gremios profesionales.

En general, los autores griegos y romanos no tenían un concepto demasiado positivo de la magia y sus cultores. La magia con frecuencia se presentaba como una forma de in-

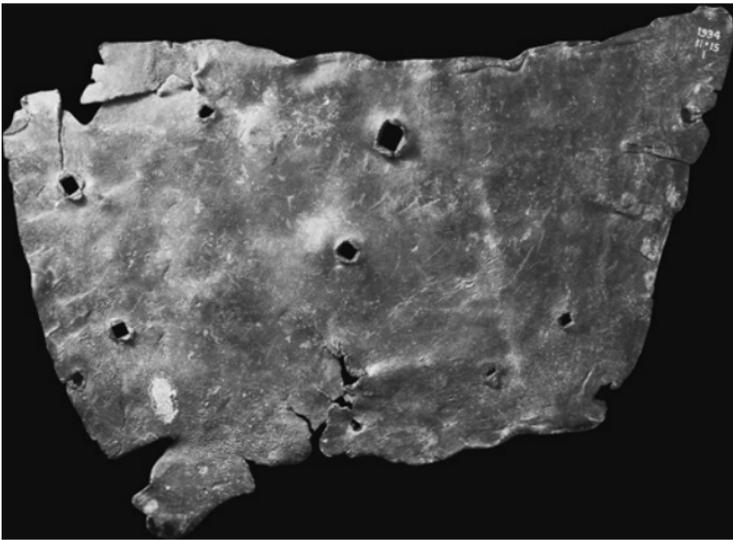
vasión extranjera que introducían en la sociedad visitantes foráneos. Plinio el Viejo, autor romano del siglo I d. C., postuló que la magia se había originado en Persia con los antiguos zoroástricos. Del mismo modo, en los mundos griego y romano, Egipto se consideraba una fuente de magia particularmente caudalosa. El uso que los antiguos egipcios hacían del papiro, así como sus elaborados procesos de momificación y enterramiento, a los griegos se les antojaban exóticos y misteriosos; les parecía que aquel pueblo tenía acceso a saberes esotéricos. Como el propio término de «sacerdotes mendicantes» sugiere, a los hechiceros y chamanes normalmente se los asociaba con las clases bajas. Plutarco y otros autores ridiculizaban a tales chamanes, llamando la atención sobre la obvia contradicción de la situación en que estos se hallaban. Si eran capaces de atraer la buena suerte, ¿por qué eran tan pobres?

## Maldiciones y hechizos

Además de la magia que requería de un intermediario profesional, en el mundo antiguo también era frecuente que la gente llevase a cabo sus propias prácticas sobrenaturales privadas. Y como las maldiciones y los hechizos implicaban diversos materiales que se han conservado hasta nuestros días, tenemos una idea bastante aproximada de en qué consistían aquellas prácticas. El primer hechizo que conservamos data del siglo VI a. C., y este uso de maldiciones encaminadas a conjurar o restringir los actos de un individuo determinado se mantuvo hasta los primeros siglos de nuestra era.

## 1. Los orígenes de la superstición

El soporte más habitual de los hechizos que han llegado hasta nosotros son las tablillas de plomo (véase la ilustración 2). El plomo era dúctil, no era caro y podía estirarse sin dificultad, de modo que formase una delgada hoja que ofrecía una buena superficie sobre la que escribir. El hechizo se grababa en el plomo con un punzón de bronce –a menudo sobre ambos lados de la hoja–, y luego lo normal era enrollar la tablilla y atravesarla con agujas. Muchas de las tablillas parecen obra de escribas o magos profesionales, pero también las hay que parecen hechas por aficionados.



2. Tablilla de maldición encontrada en Londres.

Algunas maldiciones implicaban usos que son propios de la magia llamada simpática, empática o imitativa: empleaban, a la manera del vudú, una figurilla de forma hu-

mana que con toda probabilidad confeccionarían magos profesionales. Estas figurillas se hacían con barro, latón o cera y solían representar, con las manos atadas a la espalda, a la persona a la que apuntaba el hechizo. En el Museo del Louvre, en París, podemos ver una figura de barro con forma de mujer atravesada por una serie de agujas de cobre (véase la ilustración 3). La figurilla se encontró dentro de un recipiente de cerámica, junto a una tablilla de maldición de plomo que llevaba escrito en griego un conjuro de amor. Como en tantos otros conjuros amorosos, la idea era que la persona representada por la figurilla concibiera o conservase deseo hacia la persona que había encargado el hechizo. Aunque estas figurillas solían atravesarse con agujas, el objetivo no era matar o hacer daño al blanco del conjuro. Según las instrucciones mágicas que encontramos en papiros egipcios, al clavar cada aguja se pronunciaban palabras como estas: «Atravieso el estómago de Fulanita para que no pueda pensar en nadie más que en mí».

Como los cementerios eran una especie de puerta al inframundo, las tablillas de maldición y este tipo de figurillas se solían colocar en tumbas o ataúdes. Los mensajes que se escribían en las tablillas a menudo invocaban a dioses –generalmente Hermes o Perséfone–, a espíritus o a ancestros de los que se esperaba que llevaran a cabo lo que se les pedía. La mayor parte de las veces, el objetivo del hechizo era hacer daño a alguien sin matarlo, y había toda una serie de situaciones que podían llevar a un egipcio, a un griego o a un romano a servirse de esta táctica. Entre los principales fines estaba atacar a un competidor comercial para imponerse en el mercado, in-

1. Los orígenes de la superstición



3. Figurilla de barro empleada en un hechizo.